

Tufró, Manuel

manueltufro@yahoo.com

Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

Área de interés: Comunicación y política

Palabras claves: Antipolítica – sentido común - discurso

ANTIPOLÍTICA , INSEGURIDAD Y VIDA COTIDIANA.
EL DESPLAZAMIENTO DEL CONFLICTO EN EL SENTIDO COMÚN

La crisis de legitimidad que experimenta la representación política ha sido descrita desde la sociología de varias formas, aunque quizás podríamos condensarlas en la idea de que en los últimos años se ha venido ampliando una brecha entre “la sociedad (civil)” y “los partidos” (Sidicaro, 2002). Este fenómeno no es privativo de la Argentina ni mucho menos, sino que se instaura como una problemática para ser pensada a nivel global. Desde el punto de vista discursivo / comunicacional resulta interesante observar cuáles son las estrategias a través de las cuáles distintos actores buscan construir como apolíticas sus intervenciones públicas, para lo cual muchas veces deben acudir a un arsenal retórico que se podría calificar de antipolítico. Aún teniendo en cuenta el carácter precario de toda tipología discursiva, se podría afirmar que lo “antipolítico” no constituye un tipo de discurso, sino más bien una serie de elementos que pueden ser articulados por una variedad de discursos. Así, es posible reconocer estos elementos en ciertas construcciones identitarias que se fundan en una oposición al sistema político realmente existente, como el caso de los primeros piqueteros y de las asambleas barriales (Auyero, 2001 ; Di Marco et. al., 2003), y también en discursos de signo ideológico opuesto que lo que buscan es realizar un desplazamiento de sentido desde el carácter negativo de los políticos hacia la política como actividad (estrategia utilizada, por ejemplo, por los sectores más concentrados del capital financiero y sus intelectuales orgánicos, ver Tufró, 2004).

El objetivo de este trabajo es rastrear estos elementos discursivos que buscan generar ciertos efectos de sentido, utilizando retóricas antipolíticas para construir el carácter apolítico de las prácticas sociales de ciertas organizaciones de la sociedad civil que trabajan

con el tema de la seguridad. Claro está que la elección no es inocente. El carácter político de este problema puede ser afirmado en varios niveles. En primer lugar, en los últimos años la agenda del crimen se ha venido posicionando como un tema central de la comunicación política y como eje de campañas electorales (Martini, 2004). Luego, es necesario tener en cuenta que lo que está en juego, en última instancia, cuando hablamos de seguridad, es la cuestión de la propiedad privada, de las formas legales o ilegales de apropiación privada de lo producido colectivamente. En otras palabras, la cuestión del control social entendido como el “conjunto de saberes, poderes, estrategias, prácticas e instituciones, a través de las cuales las *élites* del poder preservan un determinado orden social, esto es, una geografía específica de los recursos, de las posibilidades, de los deseos” (De Giorgi, 2000, p. 15). Finalmente, dejemos en claro que consideramos a la política, en sentido amplio, no como la actividad privativa de los partidos o del sistema político, sino como el proceso de formación de voluntades colectivas, es decir, de colectivos sociales. En este sentido son políticos todos los procedimientos retórico-discursivo-comunicacionales que buscan “operar sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva” (Gramsci, 1993 : 65). Los intercambios discursivos en torno al problema de la seguridad, fuertemente cruzados por temáticas identitarias y retóricas estigmatizadoras, se transforman entonces en una de las superficies privilegiadas de aparición de lo político en la Argentina actual.

1. La gente es buena. Construcción de un límite.

Las convocatorias realizadas por Juan Carlos Blumberg entre abril de 2004 y septiembre de 2006[1], emanadas desde la “Fundación Axel Blumberg por la Vida de Nuestros Hijos” y desde los medios masivos embarcados en la cruzada, tuvieron como una de sus consignas principales la de evitar que los concurrentes se presentaran con cualquier signo visible de pertenencia a alguna agrupación política. En cambio, debían portar cada uno una vela y, a lo sumo, una bandera argentina. “Nuestros actos – afirma Adolfo Goetz, responsable de seguridad de la Fundación Blumberg –

...se diferencian de los otros porque es [sic] algo ecuménico, apolítico, y que defiende únicamente los valores, por eso la gente nos apoya, porque se ven

representados (...) Nuestro paradigma es amplio y abarcativo, para toda la sociedad, las consignas son claras en cada marcha, no es como una protesta de empleados que reclaman a una fábrica, es algo que incluye a todos.”

El ecumenismo es posible a partir de un reclamo que, lejos de ser particular y de reflejar la preocupación de ciertos sectores de la sociedad, aparece como un reclamo de todos. Por eso también las velas, símbolo que se deja leer en una clave mucho más religiosa que política, transformando a la marcha en una especie de procesión que (de)muestra la unión de todos a través de ese lazo imperecedero que es el lazo de los valores. Quienes toman la palabra en los actos / procesiones de Blumberg son referentes religiosos, católicos, evangélicos y judíos. Éstos confirman que, más allá de pequeños desencuentros a lo largo de la historia, los religiosos son los “ecuménicos” que dan forma al sustrato común de valores que todos compartimos, sustrato a partir del cual se construye un colectivo a-político, y por lo tanto tan susceptible de utilización política, ese colectivo de identificación tan fácilmente rastreable en los discursos de los últimos años, y tan difícil de encontrar por fuera de lo discursivo: “la gente”.

“Viene gente del conurbano (...) nos agradecen que los escuchemos, cosa que no hacen ni la justicia ni los políticos. Nos dicen que confían en nosotros porque comparten nuestras marchas y saben que estamos ajenos a todo lo que es la política, a diferencia de otras marchas que están muy politizadas” (Carolina, empleada de la Fundación Blumberg).

La “gente” realmente debe estar agradecida. Blumberg y una importante maquinaria mediática “ad hoc” lograron durante un cierto lapso de tiempo travestir un reclamo sectorial y netamente político, como lo es el de la seguridad, con los ropajes de la totalidad, de “la gente”. Las consignas de las marchas (“Todos por Axel”, “Por la vida de nuestros hijos”, “Por la paz”) estructuraron su eficacia simbólica a través de significantes o sintagmas vacíos con los cuales nadie puede dejar de estar de acuerdo, al mismo tiempo que nadie puede emprender la tarea de precisar la forma práctica de alcanzar semejantes umbrales de beatitud y buenas intenciones sin dejar ver su verdadero rostro, el rostro político del antagonismo social. Esta totalidad omniabarcadora titulada “la gente” se construye, desde ya, a través de la exclusión de los “delincuentes”. Pero existe otra

exclusión más sintomática que permite funcionar a un colectivo como “la gente”: es la de todos aquellos que tienen intereses sectoriales, facciosos. Otro sinónimo posible: intereses políticos. Esta exclusión se opera sobre los políticos profesionales, pero también alcanza a otras figuras identitarias cuya mera inclusión en lo excluido ya nos dice algo acerca de la naturaleza del colectivo que intenta construir el enunciador blumberguiano:

“Ellos [los piqueteros] manifestaron su voluntad de venir a la marcha, y ahí les dijimos cuáles eran nuestras consignas y condiciones: venir con una vela. Y sí, Castells se portó bien, no trajo nada, ni capuchas, ni carteles, ni pecheras, ni palos. Es más, ¿sabés lo que hicieron? Vinieron con todo, trajeron todas las banderas, las pancartas, llegaron hasta Florida, dejaron todo en una esquina, y vinieron sin nada. Por eso digo que se portó bien.” (Adolfo Goetz).

La tajante distinción entre “nosotros” y “ellos” puede, después de todo, no ser definitiva. Es un buen augurio saber que la esencia piqueteril no tiene que ver más que con una cierta fachada. Basta con dejar en una esquina todos esos signos facciosos y políticos para que “ellos” dejen de ser piqueteros, condición necesaria para que luego puedan fundirse con “la gente”.

La exclusión del “otro político” implica una frontera que debe recrearse continuamente a través de ciertas prácticas. Las prácticas a-políticas se oponen a las prácticas políticas de una manera homóloga a la forma en que las propuestas constructivas se oponen al reclamo caótico:

“Hay dos formas de pedir las cosas: reclamar haciendo lío y la otra es presentar propuestas concretas con el apoyo del pueblo.” (Adolfo Goetz)

o, también, a de manera semejante a la forma en que lo pacífico se opone a lo violento:

“(…) en el último acto, los comercios aledaños a la Plaza de Tribunales no cerraban sus puertas, a diferencia de otros actos, y esto es porque todos saben bien qué es lo que pedimos, nuestro reclamo es claro, es lo que piden todos: justicia y seguridad.” (Adolfo Goetz)

La misma construcción aparece reforzada desde medios masivos como el diario “La Nación”, que en una columna de opinión del 2 de abril de 2004 sostiene que la marcha de Blumberg

“es la primera, en muchos años, que no tiene aptitud para dividir a nadie, que no puede generar disidentes ni opositores. ¿Qué mente, por oscura que fuere, podría haber marcado ayer un punto de discrepancia o de desacuerdo ante esa avalancha que se deslizaba por las calles para reclamar, simplemente, por la integridad y la seguridad de las personas?”.

La seguridad aparece construida entonces como aquel reclamo que contiene en sí todos los reclamos. Su carácter de significante vacío le permite dar cobijo a una multitud de reclamos insatisfechos. En sus arengas públicas, Juan Carlos Blumberg despliega una letanía que funde en una sola serie a Nair Mostafá con el caso Cabezas, a la corrupción menemista con García Belsunce, a Cromañón con la AMIA. Este tipo de construcciones seriadas son las favoritas de los medios masivos a la hora de contribuir a crear una sensación de inseguridad[2], pero, además, constituyen una herramienta retórica de construcción de espacios políticos, ya que no se limitan a expresar la presencia de cada demanda por separado, sino que establecen un lazo, una equivalencia que unifica a todas las demandas en su enfrentamiento con un “otro”, el este caso, los políticos. Se busca que el reclamo por la seguridad asuma un papel hegemónico en la movilización social, que sirva como metáfora para los otros reclamos. Como afirma Ernesto Laclau, “Esta relación, por la que una cierta particularidad asume la representación de una universalidad enteramente inconmensurable con la particularidad en cuestión, es lo que llamamos una *relación hegemónica*.” (Laclau, 2004 : 13)

Siguiendo a Laclau, podríamos afirmar entonces el carácter eminentemente político de los reclamos de Blumberg, desde el momento en que “El punto central es que para que una cierta demanda (...) se transforme en política debe significar *algo más* que lo que es en sí misma, debe vivir su propia particularidad como un momento o eslabón de una cadena de equivalencias que la trasciende y, de ese modo, la universaliza.” (Laclau, 2000 : 211, cursiva en el original).

Es decir, se trata de una de las dinámicas básicas del funcionamiento de lo político, señalada ya por Gramsci: la construcción de una voluntad colectiva a partir de ciertos intereses particulares. Lo interesante es que este mecanismo político por excelencia es presentado bajo la forma de un movimiento a-político, e incluso más: se trata de un

movimiento que construye discursivamente un colectivo de identificación basado en la expulsión de los políticos y en el trazado de una barrera simbólica tajante entre prácticas políticas (el “reclamo” que busca el interés particular) y prácticas a-políticas (la “propuesta” que busca el bien común).

¿Es posible rastrear, tratar de establecer las causas de esta “inseguridad” que se transforma en la cifra de todos los males del país? Los voceros de “la gente” se encargan de señalar, en principio, cuál es el camino que no hay que seguir para dar con el origen de la inseguridad:

“Ya no hay valores, y eso no tiene que ver con el hambre. Los piqueteros... ¡perdón!... los cartoneros pasan hambre pero van y trabajan, no salen a robar porque tengan hambre.” (Adolfo Goetz).

Como ya se dijo, estas estrategias discursivas contaron con el apoyo de una importante maquinaria mediática, y no sólo a nivel nacional. Cerremos este apartado con un fragmento de un artículo acerca del “fenómeno Blumberg” aparecido en el *Wall Street Journal*:

“El señor Blumberg es ahora líder de una rebelión, que está en su inicio, y que quiere demostrar que es la corrupción y no la pobreza el responsable de la criminalidad.” (Wall Street Journal, viernes 18 de junio de 2004).

2. El barrio es tranquilo. Vida cotidiana y verdad.

El primer apartado de este trabajo puede considerarse una digresión. En cierto sentido, lo que interesa de aquí en más es formularnos una serie de interrogantes que tienen que ver con la condición de posibilidad de la circulación de un discurso como el de Blumberg en el sentido común. Discursos como el que sostiene la Fundación Blumberg y buena parte de los medios masivos no son pura imposición de sentido, no caen sobre un receptor que tendría las características de una materia informe a la espera de ser configurada. Si bien contribuyen, y mucho, a la creación de un cierto clima, no hay que olvidar también que suelen tener semejante difusión se montan sobre construcciones del sentido común que se presentan de manera más fragmentada y contradictoria. Veremos que

incluso en discursos que buscan apartarse de muchos de los reclamos más duros formulados por Blumberg presentan ciertas características y modos de producir sentido que pueden contribuir a crear una suerte de fondo común favorable para la circulación de otro tipo de estrategias más elaboradas[3].

El espacio vital por el cual circula “la gente” es “la vida cotidiana”. No queda claro si “la gente” porque no tiene más vida que la cotidiana, o si todos somos “gente” pero solamente en el momento en que habitamos nuestra cotidianeidad. Y es que, para el sentido común, lo cotidiano no constituye un problema. Para la teoría social sí, ya que a la hora de delimitar este espacio, nunca desaparece el riesgo de caer en algún reduccionismo. Sin dudas es productivo considerar a la vida cotidiana como un espacio de producción de sentido con características específicas y reglas de funcionamiento propias. Como veremos, la idea de “cotidianeidad” como espacio autónomo, separado de las tensiones sociales (el ámbito de lo “privado”) es una intuición que posee mucha fuerza en el sentido común, y se ha transformado en un recurso retórico central en las construcciones mediáticas sobre el delito y la inseguridad. Eso constituye una tentación constante para el analista. Los etnometodólogos, por ejemplo, fundan su objeto de estudio a partir de una diferenciación entre la “interacción ordinaria y cotidiana”, considerada el medio de interacción predominante en el mundo, y la “interacción institucionalizada”, en la cual, reconocen, la gama de acciones posibles para el actor se encuentra limitada por la imposición de marcos de participación discriminatorios (Heritage, 1988). Esta distinción retoma, sin problematización alguna, la construcción que el propio sentido común hace de la cotidianeidad. Reguillo (1998), siguiendo a la etnometodología, propone pensar a la vida cotidiana como un espacio construido a partir de la certeza del carácter repetitivo y natural de ciertas prácticas. Pero la autora también indica que este espacio es central a la hora de analizar tanto la reproducción como la innovación social. Necesariamente, entonces, lo cotidiano será un espacio que también está cruzado por discursos y prácticas institucionales, relaciones microfísicas de antagonismo que pueden o no ser producidas o articuladas por estrategias más globales. Tanto la reproducción como la innovación social no pueden ser pensadas por fuera de relaciones de poder.

Ahora bien, el lugar de lo cotidiano, de “la gente”, ha sido y es un lugar político de enunciación. Y aquellos actores que hacen de lo cotidiano su espacio simbólico de posicionamiento enunciativo y de legitimación parecen estar muy interesados en negar el potencial carácter conflictivo de la vida cotidiana. El conflicto, en forma de robo, secuestro o piquete, es aquello que viene a afectar la cotidianeidad. Las dos asociaciones vecinales que serán trabajadas, al tiempo que se diferencian de ciertos elementos del discurso de la “mano dura”, construyen en el discurso un espacio cotidiano libre de conflictos que podría ser considerado como una condición de posibilidad para la circulación de discursos como el de Blumberg.

La Asociación de Vecinos Solidarios del Barrio de Saavedra se conformó a fines de los '90 a partir de una iniciativa de los propios vecinos ante el creciente número de delitos registrados en la zona. Importando las técnicas británicas del *neighbourhood watch* (vigilancia vecinal), constituyeron una red de vigilancia que busca disminuir las oportunidades de robo a través de prácticas de prevención situacional (Finkelievich et. al., 2002; Contursi y Arzeno, 2004). La Asociación de Amigos de la Avenida San Martín es una agrupación de comerciantes de la zona de Paternal reunidos en un principio en torno a la preocupación por la inseguridad, pero su actividad luego se diversificó, y hoy buscan asemejarse, según sus propias palabras, a una sociedad de fomento (tema sobre el que volveremos).

Estas dos asociaciones construyen su espacio enunciativo a través del colectivo “vecinos”, que parece ser una suerte de encarnación local de “la gente”. Comparten ambos apelativos la propiedad de nombrar a lo que es percibido como normal, común, sin desvíos en lo que hace a la conducta o los intereses. En el caso de los “vecinos” aparece como nueva especificación una zona geográfica más o menos delimitada, el “barrio”. Las definiciones del “barrio” que exceden lo puramente catastral se internan en una enumeración de valores difusos pero que se dan como sobreentendidos:

“Nosotros, a través de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín lo que tratamos es de recuperar lo que en su momento hizo grande a este país, que fue el pequeño lugar que es el barrio, buscar lo mejor que tenemos que es el material humano...somos típico barrio, son barrios con pertenencia propia, con arraigos, con

cosas que lo mueven todos los días a saludarse con el vecino, de tener eso, de que sigan las mismas familias viviendo de tanta cantidad de años, por tercera o cuarta o quinta generación en esta zona, eso es lo principal. Cuando vos tenés una esencia puesta en el lugar.” (Fabián, Asoc. Amigos de la Av. San Martín[4])

La exclusión de lo político es el recurso retórico central a la hora de construir la legitimidad de las prácticas de estas asociaciones. En oposición a la esencia conflictiva (y no cotidiana) de las prácticas políticas partidarias, se propone una homogeneidad que encuentra su razón de ser en el carácter no antagónico de la vida cotidiana. Los valores intrínsecos a la vida barrial funcionan como una suerte de antídoto contra los vicios de la política. El barrio pasa a ser, entonces, ese lugar desde el cual es posible empezar a construir, porque está más allá (o más acá) de las antinomias políticas.

“En nuestra asociación tenés peronistas, radicales, de izquierda, de derecha, pero nos juntamos con el mismo objetivo que es tratar de cambiar esto, unimos hacia ese bien... La Asociación es una Sociedad de Fomento, ¿está?, compuesta por diferentes individuos. Esos individuos tienen raza, credo, religión, no se... pensamiento político... tienen todo. Pero todos tienen que ver con el mismo barrio. Cuando vos luchás en el barrio vos no podés formar sectas” (idem)

Los representantes de estas asociaciones vecinales consideran que el barrio es un espacio homogéneo. Reflexivamente, postular la homogeneidad del barrio es ya una operación homogeneizadora, porque cualquier “diferente” o heterogéneo entrará en la categoría de “sospechoso”. Pero existen otros dispositivos para garantizar la homogeneidad del barrio cuando ésta no se presenta de modo natural. Afirma uno de los dirigentes de la Asociación de Vecinos Solidarios del Barrio de Saavedra:

“...un tipo que se metió en el medio para hacer política, lo echamos de la red. Ingresó para formar parte del Plan Alerta, pero tenía intereses políticos en un partido muy particular...” (citado en Contursi y Arzeno, 2004)

En el texto de presentación del Plan Alerta elaborado por los vecinos solidarios, puede leerse un modo de funcionamiento que tampoco deja mucho margen a las expresiones de disenso:

“Nuestro funcionamiento es por consenso y no por votación, el acto del voto limita la libertad de conciencia e induce a actitudes corporativistas violatorias de nuestro espíritu “.

Por otra parte, Finkelievich et. al. observan que

“su ‘filosofía’ (de la Asociación de Vecinos Solidarios del Barrio de Saavedra) no permite la inserción de ningún funcionario político... afirman que los requisitos para la aceptación en la lista de distribución son *el compartir su filosofía* y tener alguna organización en torno a la prevención situacional del delito” (Finkelievich et. al, 2002, subrayado nuestro).

Si la condición para entrar a una asociación es compartir su filosofía, la homogeneidad es un resultado esperable, y no un dato de la realidad. Con esto no se pretende realizar una condena a estas asociaciones, muchas de las cuales cumplen un papel movilizador importante. Pero es necesario observar que la supuesta homogeneidad del barrio y de la vida cotidiana, como zonas no expuestas a conflictos de intereses particulares, necesita de ciertas operaciones retóricas y de ciertas formas de organización de las prácticas para poder ser sostenida como una verdad.

Decíamos antes que estas asociaciones no se identifican con el proyecto de la Fundación Blumberg. A nivel del posicionamiento discursivo, esto es observable en el cuidado que ponen para evitar cualquier retórica abiertamente autoritaria, como la de la “mano dura”:

“Vos la mano dura no la podés hacer para cambiar la sociedad. Porque todo tiene que ver. Yo no digo que todos los delincuentes son personas con problemas sociales ¿no? Pero hay un problema social.” (Fabián, Asoc. Amigos de la Avenida San Martín)

Las acciones emprendidas por estos grupos de vecinos no tienen que ver con la exigencia de mayores penas, sino más bien con la demanda de mayor presencia policial en las calles y la organización de ciertas rutinas de autovigilancia que transforman al espacio vigilado en un lugar menos apto para cometer delitos, dentro de la lógica de la llamada “prevención situacional” [5]. Sus propias actividades son consideradas o bien una forma de

“acción solidaria” claramente diferenciable de la acción política. Refiriéndose a los vecinos de Saavedra, Contursi y Arzeno observan que

“Dar una solución no política a un problema que es político debe *legitimarse* discursivamente. En este sentido es que se asocia la acción del grupo con valores positivos altamente aceptados por la sociedad como la solidaridad, la búsqueda del bien común y la mejora en la calidad de vida.” (Contursi y Arzeno, op. cit. p. 13, cursiva en el original).

Es decir, recurren a una serie de significantes vacíos muy similares a los que pueden ser rastreados en el discurso de Blumberg. En otros casos, como el de los Amigos de Avenida San Martín, encontramos que la propia actividad del grupo puede ser reconocida como política, pero únicamente luego de haber redefinido en sentido del término, introduciendo ciertas modificaciones y distinciones conceptuales:

“Volver a recuperar la política que es esto. Pero no a través del partido político. A través de la sociedad. La política tiene que ver con el espíritu y las ganas de todo esto, de que queremos buscar algo siempre mejor. Esa es la política. Es el disertar... es lo que nos pasa en nuestra asociación, te estoy diciendo que hay peronistas, radicales, y vos venís a una reunión nuestra y no vas a encontrar gritos, no vas a encontrar nada, porque no hablamos de política partidaria. El significado de cada uno de nosotros, cuando está en la reunión, en la comisión, no se habla de los peronistas o lo radicales, hablamos del barrio, es el bien común que tenemos entre todos. Eso era lo que me inculcaron mis abuelos a mí, que era la Sociedad de Fomento”. (Fabián, Asoc. Amigos de la Av. San Martín).

La “Política no política”, política de la sociedad y no de los políticos. La política de los políticos es gritos, desunión, interés particular. La política de la sociedad es unirse por el bien común. Este segundo tipo de política es el único que puede salvar a nuestra sociedad. Hoy en día, este tipo de política sólo puede encontrarse en el barrio. Robert Castel (2004) observa que, en ciertos momentos de crisis, la seguridad se busca en los lazos forjados en torno a la familia, el linaje y los grupos de proximidad. Ese modelo de acción social es el que ha dado origen, en contextos de migraciones masivas y conflicto intercultural, a asociaciones de proximidad que se alejan del modelo del partido político.

Un ejemplo es la mafia, otro es la Sociedad de Fomento. Percibido como una forma de organización cuya dinámica excluye el conflicto y favorece la cooperación, la Sociedad de Fomento es postulada como una alternativa política válida:

“Mirá, yo te voy a decir cómo es. En la Asociación tenés peronistas, tenés radicales, tenés gente del Frente Grande, tenés de todo, izquierda, derecha... Pero nosotros cuando estamos en la asociación no hacemos política partidaria. Hacemos política social. Eso es la Sociedad de Fomento. La Sociedad de Fomento es cuando se juntan los vecinos hacia un mismo fin, que es buscar el bienestar en común. Cuando vos hacés política partidaria estás bajando un concepto de ideología, y dentro de una sociedad está bien que haya varias ideologías, porque es parte de la sociedad. Pero vos no tenés que trabajar ideológicamente hacia cambiar la acción social. La Sociedad de Fomento es eso: buscar gente de diferentes ideologías para buscar el bien en común. La única forma para poder cambiarlo es que, sin partido político, simplemente desde la vocación de servicio de cada uno, nos juntemos buscando un cambio en esta sociedad que tenemos hoy” (Fabián, op. cit.)

La idea de llevar el modelo de la Sociedad de Fomento a nivel de la esfera pública, de la política general, forma parte de una trama discursiva que pareciera afirmar que el conflicto es un fenómeno continente de la vida social y, por lo tanto, eliminable. No es extraño que circulen este tipo de construcciones en los discursos del sentido común, ya que también son moneda corriente en discursos políticos y mediáticos de la más diversa índole. Cada vez que se reclama, desde diversos lugares, que nuestro país necesita un “Pacto de la Moncloa” o algo por el estilo, se está haciendo un llamado a la unidad que supone el carácter espurio y artificial de los intereses sectoriales de los diversos grupos sociales. La lucha hegemónica requiere esta mentira, prometer el fin de las antinomias y el antagonismo. Cuando el espacio de lo cotidiano es construido y percibido como una zona “naturalmente” libre de conflictos, se transforma en un lugar de legitimación muy potente para discursos que buscan borrar el conflicto.

3. Conclusiones. El horror al conflicto

A estos planteos en torno de la unidad de todos subyacen algunos elementos autoritarios. Los significantes vacíos nos permiten sostener la ilusión de que estamos hablando de lo mismo. Sin embargo, hoy en día cualquier proyecto político se juega en su mayor parte en el *cómo*, en las formas y las medidas necesarias para alcanzar ciertos objetivos que, en principio, serían compartidos por gran parte de la población.

“Ideológicamente yo no puedo hablar cuando tengo una reunión de comisión de peronismo o de radicalismo, porque entraríamos en una antinomia que no construiríamos hacia el barrio, hacia la sociedad de fomento que tenemos que construir. La única forma de poder es mirar la necesidad. Hay una biblioteca, peronistas, radicales, todos los que estamos, vamos a luchar por la biblioteca. ¿Qué hace falta? Rampas para discapacitados, vamos a luchar por eso. Radicales y peronistas. La diferencia es la acción social. No hay otra. Yo por lo menos... que alguien venga y me demuestre que hay otra forma. Yo no la creo. Hoy pongo las manos en el fuego, no creo que haya otra solución que la acción social, de la cultura, de la salud, de la educación, de todo eso que a veces parece un discurso, pero no hay otra. Me parece que nadie puede venir a decir no a la salud, no a la educación, no a nada. Y las herramientas para poder llegar a eso no son muchas. No hay otra.” (Fabián, op. cit.)

La idea de que “hay una sola manera de hacer las cosas”, por mejores intenciones que abrigue, siempre resultará autoritaria. Se trata de una concepción que, llevada al extremo, implicaría el fin de la esfera pública y de la política tal como la conocíamos hasta hace algunos años. Se asemeja más, efectivamente, a las exigencias de las técnicas de gobierno de tipo administrativas que se han vuelto hegemónicas en los últimos tiempos, que sólo pueden funcionar (y mal) en un contexto de ausencia de cualquier clase de discusión.

Los reclamos por mayor seguridad vienen siendo formulados desde diferentes lugares. Se ha enfatizado el endurecimiento de las penas en el discurso de la Fundación Blumberg y de ciertos medios masivos. Las asociaciones vecinales, por su parte, hacen foco en la acción vecinal organizada para la prevención situacional. En ambos casos, la construcción enunciativa del propio lugar, del “nosotros”, se lleva a cabo a partir de la

incorporación de elementos discursivos antipolíticos. De esta manera el antagonismo entre clases o grupos sociales queda ocluido y desplazado hacia un único gran conflicto que pone frente a frente, por un lado, a los políticos (y sus intereses) y, por el otro, a la sociedad, entendida como un todo homogéneo, construida a partir de colectivos como “la gente” o “los vecinos”. En este proceso, la condena no recae solamente sobre ciertos sujetos (la “clase política”) sino que termina por arrastrar a la política como práctica, identificada con el conflicto y la desunión. El establecimiento de una clara línea de demarcación entre “prácticas políticas” y “prácticas no políticas” (“reclamos”, “acción solidaria”) es un signo de esta necesidad de construir la propia legitimidad en base a una caracterización de las propias prácticas como desinteresadas y tendientes al bien común.

Este posicionamiento enunciativo particular necesita de un espacio en el cual el enunciado pueda ubicarse, un espacio propio desde el cual emitir y legitimar sus discursos. Este espacio es la vida cotidiana, el barrio. Construido como un lugar homogéneo a través de operaciones retóricas y de prácticas que buscan excluir lo extraño y lo sospechoso, se presenta como una zona libre de conflictos y por lo tanto una base para trabajar sobre el “bien común”, la “solidaridad” u otros significantes flotantes que carecen de definición operativa. Estas construcciones son retomadas por los medios masivos, por ejemplo en coberturas en torno a las formas en que el delito impacta sobre una cotidianidad permanentemente amenazada. En esta dinámica de retroalimentación entre discursos de los medios y discursos del sentido común, la vida cotidiana emerge como un lugar de legitimación a partir de una cierta experiencia, la de ser vecino, la de ser “gente”. Y esta experiencia es sinónimo de verdad. Michel Foucault (1996) afirma que, en las sociedades occidentales, la verdad se forma en ciertos lugares privilegiados. La ciencia es uno de ellos, las prácticas judiciales son otras. Estos espacios definen tipos de subjetividad y formas de saber. A manera de hipótesis, sería interesante analizar en qué medida, a partir de la crisis de ciertas formas de hacer política, lo cotidiano comienza a transformarse en un espacio de producción de enunciados verdaderos. Será necesario también dar cuenta de la utilización política que se hace de este lugar de verdad.

La presencia de estos discursos en el sentido común genera un campo de posibilidades para el arraigo de un discurso como el de Blumberg. La idea de trasladar ese

ideal de acción “sin ideología, sin discusión, sin gritos” a la esfera pública general puede llegar a ser un tema de campaña. Se trata del ideal de sustituir la política por la sociedad de fomento, de erradicar los conflictos, los cuales no serían constitutivos de la sociedad. Desde el momento en que se encuentra ubicado en un lugar de producción de enunciados verdaderos, el sujeto cotidiano podría, desde su microexperiencia, pronunciarse también de forma legítima sobre las cuestiones de la esfera pública, reduciendo el debate público a un “olvidar los intereses individuales y ponerse de acuerdo en cursos de acción”, cursos que parecen ser evidentes para todos puesto que existe “una sola manera de hacer las cosas”. No encontraríamos más que diferencias de grado entre la dinámica de discusión que exige el ponerse de acuerdo para poner rampas para discapacitados y, por ejemplo, la puja por decidir cómo se distribuye el presupuesto nacional.

Hay que reiterar aquí que no se busca una condena de las prácticas que llevan adelante estas asociaciones vecinales. Muchas han llevado a cabo experiencias valiosas, y han buscado dar una respuesta (buena o mala) a una problemática que es vivida como real y urgente. Como afirma Castells, es probable que el recurso a los grupos de proximidad sea inevitable en ciertos contextos. Sin embargo, lo que es preciso indicar es que hay que pensar y problematizar la experiencia cotidiana. Es sabido que el sentido común no puede asimilar la idea de conflicto como una situación permanente y constitutiva. Muchas de sus facetas pueden ser valorizada en tanto productoras de ciertos saberes. Pero hay que tener conciencia de su carácter fragmentario y limitado. Tendemos a creer que nuestra cotidianeidad es la de todos, En momentos en que constantemente escuchamos intervenciones en la esfera pública con exigencias que se hacen en nombre de “la gente”, “los vecinos” o “la familia”, resulta de sumo interés para el analista poner de relieve las generalizaciones que ignoran la compleja variedad de relaciones sociales que exceden completamente nuestra experiencia inmediata y las maneras en que tendemos a suponer, retomando discursos tanto políticos como religiosos, que los antagonismos que atraviesan y fundan cualquier intento de construir una sociedad pueden ser reducidos a una unión en la búsqueda de un bien común que jamás podrá ser definido de manera positiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Auyero, Javier (2001), *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas.

- Brescia, Florencia (2005), “Procesos de construcción y representación de la (in)seguridad: el movimiento Blumberg y su relación con otros protagonistas urbanos en la lucha contra la inseguridad”, en actas de las *III Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, septiembre de 2005.

- Castel, Robert (2004), *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial.

- Contursi, María Eugenia y Arzeno, Federico (2004), “Discursos sobre la inseguridad: la redefinición de la ciudadanía de los *nuevos agentes de seguridad* del barrio de Saavedra”, en las actas de las *VIII Jornadas de Investigadores en Comunicación*, Universidad Nacional de La Plata, septiembre de 2004.

- De Giorgi, Alessandro (2000), *Zero Tolleranza. Strategie e pretiche della società di controllo*, Roma, DeriveApprodi.

- Di Marco, Graciela et. al. (2003), *Movimientos sociales en la Argentina. Asambleas: la politización de la sociedad civil*, Buenos Aires, UNSAM.

- Foucault, Michel (1996), *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.

- Gramsci, Antonio (1993), *La política y el Estado moderno*, Barcelona, Planeta-De Agostini.

- Heritage, John (1988), “Etnometodología”, en Giddens, Anthony et. al., *La teoría social, hoy*, Madrid, Alianza.

- Laclau, Ernesto (2000), “Estructura, historia y lo político”, en Butler, Judith, Laclau, Ernesto y Žižek, Slavoj, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
 - Laclau, Ernesto (2004), “Prefacio a la segunda edición en español”, en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
 - Martini, Stella (1999), “Efectos de los relatos del crimen: resumen del estado de los estudios sobre el tema”, documento de la cátedra Seminario *El género policial en la prensa gráfica*, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, revisado en 2004.
 - Martini, Stella (2004), “Violencia criminal y reclamos en la Argentina: territorios y márgenes de la comunicación política”, En *Actas del VII Congreso ALAIC*, Universidad Nacional de La Plata, octubre de 2004.
 - Pacheco de Carvalho, Themis María (s/d), “La ocasión hace al ladrón. La prevención de la delincuencia por medio de la prevención situacional”, disponible en <http://www.derechopenonline.com/index.php?id=15%2C81%2C0%2C0%2C1%2C0>
 - Sidicaro, Ricardo (2002), “La distancia sociedad – partidos”, en revista electrónica *Argumentos* n° 1, diciembre de 2002. Disponible en <http://argumentos.fsoc.uba.ar/n01/articulos/sidicaro.doc>
 - Tufro, Manuel (2004), “La construcción de la política en la prensa económica. El caso de *Ámbito Financiero*”, en *Actas de las VIII Jornadas de Investigadores en Comunicación*, Universidad Nacional de La Plata, septiembre de 2004.
-

[1] Las entrevistas con los integrantes de la Fundación Blumberg fueron realizadas por Miguel Angel Varas y María Agustina Blanco, en el marco de un trabajo para la materia Teoría y Prácticas de la Comunicación II, Cátedra Martini, en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. También llevaron a cabo el trabajo de observación y la recolección de material en torno al tema Blumberg, por lo que la escritura del primer punto de este trabajo sólo fue posible gracias a su colaboración.

[2] Sobre la “sensación de inseguridad” como técnica de control social, ver Martini, 1999.

[3] Para una comparación sistemática de las diferencias entre el discurso de la Fundación Blumberg y el discurso de los “Vecinos Solidarios” de Saavedra, ver Brescia, 2005.

[4] Las entrevistas con los integrantes de la Asociación de Amigos de la Avenida San Martín fueron realizadas por el autor durante los meses de septiembre y octubre de 2005.

[5] La tesis de la prevención situacional sostiene que “la ocasión hace al ladrón”. Esta doctrina, nacida en Inglaterra en los años 70, afirma que el control informal del delito por parte de los miembros de una comunidad es mucho más efectivo que el control formal por parte de las fuerzas de seguridad. La prevención situacional debe actuar rediseñando el medio ambiente para evitar la confluencia de tres factores: el delincuente motivado, el objetivo atractivo y la ausencia del control (Pacheco de Carvalho, s/d). Para un enfoque crítico de la prevención situacional, ver De Giorgi, 2000.